



Foto: Adriana Lopez Sanfeliu

LAS MUJERES GITANAS EN EL SIGLO XXI: ¿CRISIS U OPORTUNIDAD?

TRINIDAD MUÑOZ

La minoría étnica gitana española atraviesa un momento de especial interés por los procesos de toma de poder que generan y reproducen las mujeres gitanas. Unas transformaciones que no deben ser consideradas accidentales, ya que son imagen explícita de los cambios acaecidos a la etnia gitana a lo largo del tiempo, y que destacan como reto ineludible en este siglo.

«Las gitanas, en general, son seres mucho más notables que los hombres... La audacia, penetración y sutileza de algunas mujeres de éstas son verdaderamente prodigiosas, y su dominio de sí mismas tan grande que pasan sanas y salvas por peligros que serían fatales a otros educados en una escuela menos rigurosa y dura que la vida gitana en España».

George Borrow

No cabe duda que la minoría étnica gitana española y andaluza atraviesa un momento de expectativas visualizadas a través de los movimientos de participación en las redes sociales, así como por los procesos de toma de poder que estamos generando y reproduciendo las mujeres gitanas. Nunca como ahora ha sido tan visible este proceso y nunca como ahora ha sido tan simultáneo, sinérgico e integrador.

La participación social ya sea en asociaciones, entidades, fundaciones, instituciones, partidos políticos e incluso en estructuras religiosas nos lleva a concluir que el proceso que se está detectando, de clara vocación de continuidad e irreversibilidad, es suficiente como para establecer el *motor de cambio* necesario para ahondar en los procesos que marcan la supervivencia

Trinidad Muñoz es antropóloga, especializada en el campo de la mujer gitana.

en el futuro como grupo culturalmente diferenciado. La serie de transformaciones a las que hemos estado sometidas las mujeres gitanas españolas no deben ser consideradas accidentales, puesto que son imagen explícita de los cambios acaecidos a la etnia gitana a lo largo del tiempo. Estas transformaciones, iniciadas en el seno de la estructura *identitaria* que define al grupo étnico gitano, están conllevando la enorme diversidad que se está produciendo entre los diferentes subgrupos territoriales y/o familias atravesados por la clase social.

Partimos de la base de que la diversidad de la que hablamos ha servido para descubrir un modo diferente, pero compatible, de vivir la *gitaneidad* como mujeres comprometidas con nuestro tiempo, con las circunstancias que nos rodean y el deseo de luchar para poner en valor nuestra imagen y nuestra identidad tanto al interior y al exterior del grupo étnico.

Pero no es una tarea fácil, ni sencilla, ni rápida.

TOMAR CONCIENCIA

Las estrategias que contribuyen a desarrollar nuestra capacidad para formular y defender nuestra forma de ver la sociedad, parecen ir encaminadas a la reinterpretación y la modificación de las normas culturales y de género instauradas tradicionalmente desde una perspectiva exclusivamente masculina.

Creo que podemos hablar ya de un proceso por el cual un nutrido grupo de mujeres gitanas estamos participando del control de nuestro entorno más inmediato y ganando en confianza, dirigidas hacia un proceso que repercutirá en una mejora a la hora de solucionar problemas, desarrollar auto-suficiencia y asumir el *empoderamiento* como un método consensuado de supervivencia étnica. Bien es verdad que el cuestionamiento de la identidad de género toca de lleno la valoración social, tanto de los hombres como de las mujeres. En este sentido, ciertos aspectos relacionados con las expectativas de las mujeres gitanas pueden entrar en conflicto con los intereses de los varones; desde una mirada sesgada, podrían resultar *perjudiciales* para los hombres en tanto que parecen atentar contra la posición de poder que viene disfrutando tradicionalmente y cuyo derecho les ha otorgado siempre la propia cultura gitana.

A mi modo de ver, interpretar los cambios como una afrenta grupal o como una falta de respeto hacia el prestigio *natural* de los varones gitanos tiene un significado bastante coercitivo. Es una clase de *chantaje emocio-*

nal que todavía consigue paralizar muchas energías femeninas. Hasta ahora, y aún todavía, la posición privilegiada que ocupan los varones les confiere además el poder desproporcionado de definir los valores que deben predominar, la distribución de recursos y el propio ejercicio del poder.

En parte por esto, pero también por una decisión voluntaria, las mujeres gitanas hemos decidido liderar una lucha silenciosa por la mejora de calidad de vida, una *revolución de seda*, nada estridente, respetuosa y considerada, adecuándola a un ritmo compatible con la relación *intra-grupal* que es objeto de una consentida, y a veces interesada, exportación a los medios de comunicación, sobre todo en el ámbito del asociacionismo gitano.

Aunque todavía el carácter androcéntrico, endogámico y etnocéntrico sigue muy presente en el discurso cultural gitano, empezamos a percibir que está siendo influido de manera excepcional por los cambios económicos y sociales que se están produciendo en muchos ámbitos, determinando una transformación de las relaciones mujeres-hombres que está obligando a una reinterpretación del hecho étnico.

Quizás lo más interesante y particular de estos procesos recién inaugurados es que una gran parte de nosotras las mujeres estamos consiguiendo invertir posiciones más conservadoras en lucha política activa, forzando a la asunción desde el interior del grupo étnico de nuevas pautas y redescubriendo territorios antes exclusivos de los varones. La tendencia hacia la reelaboración de los parámetros relacionales entre hombres y mujeres gitanos parece, pues, un proceso real aunque el cambio de la mentalidad androcéntrica sea más lento y los mecanismos para hacer perdurar la discriminación y el control sobre muchas mujeres gitanas aún poderosos.

EL MOVIMIENTO FEMINISTA Y EL MOVIMIENTO ASOCIATIVO

La primera cuestión que preocupa cuando alguna de nosotras se acerca a la palabra «feminismo» es la sensación de desasosiego que provoca. ¿Por qué ocurre esto?

La respuesta más inmediata es que muy pocas veces encontramos alternativas a la ya tan manida explicación que afirma que las feministas «van en contra de los hombres». La dificultad en encontrar una respuesta válida es ya suficientemente ilustrativa. Por lo mismo creo que merece la pena ahondar un poquito en este tema y analizar algunos aspectos que nos pueden ayudar a entender mejor qué ocurre realmente con este concepto ciertamente esquivo y de difícil abordaje desde la perspectiva de la cultura gitana. El fe-



Actrices gitanas de *La Casa de Bernarda Alba*.
Foto: TNT Teatro Atalaya

minismo es un impertinente. Porque, como expresa Nuria Varela, «...es muy fácil comprobarlo. Se dice feminismo e, inmediatamente, nuestros interlocutores o interlocutoras tuercen el gesto o se ponen a la defensiva».

Y no le falta razón porque el feminismo ha sido y es *un provocador*, que cuestiona el orden establecido y por lo tanto nos hace pensar y nos obliga a situarnos en una posición a favor o en contra de él. «Del feminismo siempre se dice que es un recién nacido y que ya está muerto», dice Amelia Valcárcel. Ambas cuestiones son falsas, creo yo. Lo que sí es importante saber es que, en estos momentos y tras tantos años de ejercicio, no podemos seguir hablando de feminismo sino de feminismos, en plural, haciendo así hincapié en las diferentes corrientes que surgen en todo el mundo.

Pero el movimiento feminista es muchas cosas más. Es un movimiento no dirigido y escasamente jerarquizado. Y es éste uno de los aspectos que más nos pueden beneficiar a las mujeres de colectivos específicos, como los somos las mujeres gitanas, porque el feminismo está constituido por el *hacer* y el *pensar* de millones de mujeres que, o bien se agrupan o bien van por libre, pero diseminadas por todo el mundo. Es también un discurso político que se basa en la justicia. Desde sus comienzos el feminismo ha hecho preguntas impertinentes tales como: ¿Por qué están excluidas las mujeres?, ¿Por qué los derechos sólo corresponden a los varones?, ¿Dónde está el origen de esta discriminación?, ¿Qué podemos hacer para combatirla?

Si le dedicamos sólo un segundo veremos que preguntas muy similares a estas son las que en su día guiaron y siguen guiando los esfuerzos de muchas personas y entidades gitanas. El feminismo conlleva una ética y una forma de estar el mundo porque la toma de conciencia feminista cambia, inevitablemente, la vida de cada una de las mujeres y de cada uno de los hombres que se acercan a él.

Con estas pinceladas sobre esta teoría reformadora quiero transmitir que, desde mi punto de vista, lo más interesante del momento actual es cómo se está forzando y consiguiendo redefinir el movimiento para hacerlo más inclusivo, de forma que sea cada vez más real esa máxima de que «el feminismo no es la ideología del 100% de las mujeres pero es una filosofía que quiere incluir al 100% de la humanidad.»

Porque, con independencia de que se reconozca o no, lo cierto es que las reivindicaciones que nacen al calor del asociacionismo de mujeres gitanas son, en un alto grado, herederas de la teoría feminista oficial. Desde la década de los 80 las mujeres gitanas comenzaron a dejar oír su voz a través del cauce que el movimiento asociativo les ofrecía. Se estaba despertando la *conciencia de género dentro del propio grupo gitano*, revolucionando así el dominio público del discurso de la identidad gitana. Este discurso resistencia cultural reclamaba la especificidad como premisa básica en la apertura de un diálogo intercultural que, a la vez, tuvo siempre una clara vocación integradora, nunca excluyente, para con los hombres de la minoría. Era el amanecer de una *nueva conciencia crítica gitana feminista*, aún si conocer muy bien el concepto, aún rechazándolo en algunos casos; estábamos asistiendo al nacimiento de una revolución, sin estridencias pero revolución al fin y al cabo, en el modo de construir las relaciones entre minoría y mayoría, y lo que es más definitivo, entre hombres y mujeres gitanos.

La nueva forma de participación social conllevó necesariamente un replanteamiento de roles, estatus y expectativas de futuro.

Si como mujeres, no teníamos mundo propio, como mujeres gitanas reclamábamos salir de nuestras casas al mundo entero. Sin saberlo, hicimos nuestro el pensamiento de Virginia Wolf en *The Three Gineas* cuando declaraba que: «As a woman I have no country. As a woman my country is the whole world»: «como mujer, no tengo patria; como mujer, mi patria es el mundo entero». En ese primer despegue «feminista», las primeras mujeres gitanas que pisaron terreno público reivindicaban la inclusión de la diferencia

en los derechos defendidos por los movimientos feministas oficiales, dónde aún parecía tener espacio una cierta jerarquía entre grupos de mujeres.

En este sentido la afiliación a una minoría cultural históricamente estigmatizada no tuvo un efecto empático con el resto de mujeres más bien al contrario; supuso una cierta distancia que habría luego de provocar desencuentros y una cierta sensación de soledad en nuestras reivindicaciones. Quizás esto pueda explicar las resistencias a asumir nuestra *opresión como una cuestión de género*.

Desde entonces hasta ahora hemos enfatizado la necesidad de modificar prácticas culturales que discriminan por razones étnicas en diversos ámbitos de la vida pero paralelamente hemos ido construyendo un discurso de igualdad, compatible con nuestra *gitaneidad*, a un ritmo heterogéneo y más lento quizás, pero que busca básicamente un mismo objetivo: un nuevo modelo de relación entre hombres y mujeres más justo, que nos permita ser, a un tiempo, mujeres autónomas y comprometidas.

Aún así todavía hay grupos numerosos de mujeres gitanas sienten temor a ser identificadas con el feminismo ya que resulta o podría resultar algo negativo, porque se piensa que quieren superar a los hombres. Su lucha por la supervivencia y su dependencia frente a sus familias y comunidades las hace ser cuidadosas porque temen ser excluidas y perjudicadas. En este sentido, las mujeres que alzan la voz tradicionalmente no han sido bien vistas y esto puede haber provocado una cierta tendencia a la automarginación de estos grupos de base que necesitan aún conquistar la palabra.

Es a esos grupos aún numerosos a los que deberían encaminarse de manera más intensiva nuestra labor de difusión como mujeres, para conseguir hacer suyo también el nuevo modelo que inaugurábamos entonces; un modelo que ha servido para que, en el momento actual que vivimos una gran mayoría de nosotras, se haya redefinido la búsqueda de la «identidad» y de la «diferencia», de manera que ambos conceptos se sitúen en un marco ausente de jerarquías, accesible y eximido de *tributos sociales* hacia nuestra comunidad. Creo que es el momento de plantear un «feminismo inclusivo» que, como en el caso de otras minoría étnicas, sirva para enriquecer el movimiento feminista desde una perspectiva multicultural, y a la vez, se sienta más cercano a las reivindicaciones de nuestra minoría gitana y sea más útil a los esfuerzos de las mujeres en general.

Éste es ya un tiempo para conquistar una serie de espacios, mecanismos y leyes que nos pueden seguir permitiendo plantear problemas de desigualdad entre hombres y mujeres al interior de nuestra propia comunidad y para



Jóvenes en el I Congreso Nacional de Mujeres Gitanas. Alicante, 2010.
Foto: Novo Foto / Instituto de Cultura Gitana

con el resto de la sociedad. Por eso la participación en redes sociales de mujeres, en el ámbito del movimiento feminista, puede ayudarnos y apoyar la lucha para dar voz a las mujeres, sin que ello signifique en ningún momento una postura en contra de los hombres sino a favor de un modelo más justo.

Es necesario enfatizar la necesidad de hacer alianzas entre mujeres. Sin duda, el momento actual puede interpretarse como crisis del feminismo pero precisamente por ello también puede ser una oportunidad para crear un movimiento más inclusivo. No se puede obviar el aporte del movimiento de mujeres gitanas a la redefinición de nuevos paradigmas de desarrollo más justos, equitativos y sostenibles. Por lo mismo no se puede negar la importancia de contar con mujeres en espacios mixtos importantes a todos los niveles. La participación en esos espacios tiene que servir para dar el valor real que tienen las conquistas logradas por el movimiento asociativo de mujeres gitanas, en tanto que punto de partida para nuestro futuro, así como para un diálogo crítico y constructivo con el movimiento feminista. La forma en la que construimos el mundo y lo interiorizamos tiene mucho que ver con la forma en que construimos nuestro lenguaje.

Por eso, es necesario crear un discurso distinto, complementario, que ponga en valor los éxitos además de subrayar las carencias. Un discurso que hable de las capacidades, de las aportaciones, de todo lo que hemos conse-



Foto: Adriana Lopez Sanfeliu

guido a lo largo de estos años y que permita además incorporar el concepto de éxito personal sin entrar en conflicto con los intereses grupales que siempre nos han definido como mujeres gitanas.

Las alianzas entre mujeres exigen en estos momentos un paso más allá de la solidaridad. Un establecimiento de vínculos que nos permitan reconocer a nuestras iguales superando las diferencias. En este sentido, el principio de la corresponsabilidad está siendo trabajado desde los poderes públicos como imprescindible para la consolidación del nuevo modelo social basado en la conciliación de la vida laboral, familiar y personal, de manera que el reparto de las responsabilidades entre mujeres y hombres no privilegie a unos en detrimentos de otras. Es aún una asignatura pendiente y una conquista para la sociedad en su conjunto pero está generando debate y esfuerzos a los que no debemos renunciar las mujeres y los hombres gitanos, por eso es necesario entrar en la dinámica de trabajo que existe para conseguir su consolidación todas y todos juntos. Unido a estos procesos de cambio camina el incipiente desarrollo del liderazgo entre mujeres gitanas, en tanto que fenómeno complejo que gira en torno al concepto de influencia; es decir, de una parte, a la capacidad para dirigir a otros en la dirección deseada; de otra, a la concepción de «poder» entretejida con las relaciones de género, entendiendo ambos conceptos como capaces de influir absolutamente en las relaciones sociales.

En definitiva, hay que considerar que las similitudes que existen en nuestra lucha como gitanas y como mujeres nos son casuales, que nuestra vocación transformadora no es un caso aislado, que forma parte de una lucha más amplia que involucra a todas las mujeres, y que esa conciencia crítica necesaria para ver el mundo tiene, necesariamente, que resaltar las tensiones y contradicciones que encierran todos los discursos, tanto los que a veces protagonizamos sin quererlo nosotras mismas, como también aquellos que provocamos interesadamente.

El anhelo de esta revolución que estamos provocando las mujeres gitanas es un anhelo de justicia, de mejora de calidad de vida, de mayor acceso a los niveles de decisión y de participación. Es ahí donde nuestros puntos en común con el resto de feminismos pueden sernos útiles y hacernos útiles a nosotras para con las demás.

No se trata sólo de una teoría que busca mujeres audaces, sino que es una práctica que pretende que todas y todos, también los hombres gitanos, conozcan y asuman el acto de valor que hay en aceptar a las mujeres como seres humanos libres, dueñas de su destino, aptas para ganarse la vida y para gozarla con su propia capacidad de decisión, sin que ello suponga una sanción social negativa.

Tomo, pues, prestadas algunas de las palabras que se pronunciaron en el Congreso de los Diputados, cuando se procedió a la lectura del Manifiesto de las Mujeres de la Fundación Instituto de Cultura Gitana, en Madrid, el 11 de febrero de 2008:

«Es el momento de hacernos visibles, tanto dentro de nuestra cultura como en la sociedad mayoritaria, para poder llegar a ser las mujeres del siglo XXI.

Es el momento de conquistar espacios de poder y de decisión en cualquier ámbito o sector que lo deseemos.

Las mujeres gitanas estamos preparadas porque valemos, queremos y podemos.

Hoy comienza un camino que nos brinda la oportunidad de mejorar la situación de muchas mujeres que no han tenido voz durante muchos siglos.

A pesar de las dificultades que conlleva romper con lo establecido, estamos convencidas de que lo vamos a conseguir.

Todas juntas. Sin miedo a la libertad».